

Suscripcion:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II.

Murcia 11 de Abril de 1889.

Núm. 31

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistracion de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 centimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

CUENTO DE ULTRATUMBA

I

Conocí que iba á morir y sentí una alegría inmensa; el mundo no habia producido para mi más que adelfas, la flor de la amargura.

Cesaron los dolores, cerré los ojos y gocé pensando en que ya era llegada la hora del no ser.

Una lluvia de lágrimas cayó sobre mi rostro, abrí los ojos; mi pobre madre no se resignaba á separarse de mí para siempre.

—Madre, — dije, — es preciso; no llores por mí. El placer no es más que la ausencia del dolor. Voy á dejar de sufrir; al fin conoceré el placer.

—Hijo mio, tú eres sangre de mi sangre y alma de mi alma; yo no quiero, yo no quiero que mueras así. Hay un Dios.

La estreché entre mis brazos, y mientras ella sollozaba besando mi boca calenturienta y mis apagados ojos, yo sonreía por su fe y su credulidad inocente.

Después un suave y dulce deliquio se apoderó de mí; pasé de la vida á la muerte sin sacudidas violentas.

No sé cuánto tiempo transecurrió, y como quien despierta de un profundo letargo, renací á la vida de la inteligencia. Al principio todo fué para mi confuso. Era y existia sin ser yo; sin ser aquel hombre que habia sido. Pensaba sin cerebro, veía sin ojos y sentía nueva y extraña vida.

Recordé mi perdido cuerpo; fui dándome cuenta de mi nuevo estado, y de repente apareció ante mí la estancia en la cual habia dejado de existir.

Sobre aquel lecho, en donde tan-

tas veces habia soñado con un porvenir de amor y gloria, yacía un cadáver.

¡Cuán repulsivo y ridículo me encontré!

Aquella boca, cuna de tantos besos de amor mentido, hallábase horrorosamente contraída y con un gesto de ironía y asco.

Los labios, un tiempo rojos, amaratados y casi negros.

Los ojos entreabiertos semejaban los de un besugo cocido.

Para evitar que colgase la mandíbula inferior, habianme anudado un pañuelo negro como si me dolieran las muelas.

Reconocí el traje con que me habian vestido; con aquella misma levita negra asistí no há mucho tiempo á un baile de máscaras.

Las manos que sostuvieron la copa de Champagne estrechaban un crucifijo.

Dióme risa verme, ¡Qué feo me encontré!

Aquel no era mi cuerpo; aquello era una levita y un pantalón rellenos de paja, colocados en un ataúd y alumbrados por cuatro cirios.

No me pareció el espectáculo nada triste, sino soberanamente ridículo y repugnante.

¡Honrarás aquella podredumbre! Vuelva el polvo al polvo. Vaya al muladar la corrompida materia.

Sólo mi madre velaba junto á mi cadáver, ahuyentaba á las moscas que se paraban en mi cara como si pudieran molestarme.

Lloraba sin cesar y de vez en cuando besaba la frente que habia sido mia.

¡Yo no supe amarte como debía!
¡Pobre madre!

II

A impulsos de no sé qué fuerza, me ví alejado de aquel lugar.

Me encontré en el espacio; lejos, muy lejos, veía la tierra. Mi vista

alcanzaba á inmensas distancias de leguas. Por todas partes, mundos y mundos hasta el infinito.

Sin la ayuda del diablo Cojuelo veía todo cuanto pasaba en el interior de las casas del planeta que habité.

¡Cuántas miserias descubrí! ¡Cuánta villanía! ¡Cuánta infamia! ¡Qué contrastes tan horribles! Junto á la risa, el llanto; la virtud defendiéndose en el arroyo, arrojada al fango; el vicio revolcándose entre sedas.

Quedé atónito ante aquel espectáculo.

Volví á sentir agudísimo dolor humano; ví á la mujer por quien habia olvidado á mi madre en brazos de otro hombre, á quien prodigaba ardientes caricias.

Los celos y la rabia me hicieron pensar en mi situación.

(Se continuará.)

LAS DOLORES

Pues señor aquí me tienen Vdes. que no se de que escribir, ni de que tratar; pero que demonio, sea como sea, yo he de llenar tres ó cuatro cuartillas en menos que canta un gallo. Ya se lo que tengo que decir á Vdes. que va haciendo calor, que estamos en Semana Santa; creo que son dos grandes noticias, como todas las que doy, y eso que... (llaman á la puerta) ¡quien es!

—¿Se puede pasar?—dijo mi amigo Mariano.

—Adelante.—conteste al conocerle.

—Adios hombre ¿como estas?

—No tan bien como tu, pero vamos pasando.

—Verdaderamente te encuentro pálido, ojeroso y....

—No sigas; porque con tus consuelos Nuestro Padre Jesús, seria conmigo; todo lo que me pasa me esta bien empleado por meterme á redentor, digo, á escritor como el torero de marras que se finjió literato sin saber firmar.

—De manera, que segun tu, por escribir dos ó tres cuartillas cada semana te encuentras tan pálido y tan transformado.

